

las palabras al chico que iba á su lado, le empujó al centro del cuarto y ella se retiró sutilmente, cerrando la puerta tras sí. Por un instante el niño se estuvo parado é irresoluto mirando ahora á su padre, ahora á su madre, ahora al ramillete de rosas y violetas que llevaba en la mano. El pequeño Luis Carlos poseía aquella belleza dulce y tierna que excita lágrimas y llena el corazón de melancolía, porque no puede uno menos de pensar que la vida con sus asperezas y helados ciervos, no verá con piedad esta flor de inocencia, y que el rostro radiante y angelical del niño un día se trocará en el áspero y tostado del hombre. Tenía entonces cuatro años de edad; llevaba botitos de marroquí con puntas rojas; anchos calzones de terciopelo azul oscuro que bajaban hasta las rodillas y sujetaban á la cintura una faja de seda azul, cuyas puntas adornadas de encaje le caían sobre el costado. Su chaqueta de terciopelo del mismo color, ricamente bordada, tenía un lechuguillo ó vuelo de encaje en torno del cuello. El rostro ovalado, color de rosa con los labios rubicundos, el Loyito en la barba, los ojos grandes azules, sombreados por pestañas largas y oscuras, la frente espaciosa y altiva, coronada de cabellos de oro, que caían en graciosos y espesos rizos por el cuello y hombros, completaban el arreo y el retrato de aquel niño, llamado de repente á presencia de sus padres en hora de suprema angustia. Tal parecía uno de los ángeles, que nadie mas que Rafael ha sabido dar vida en el tosco lienzo, y cualquiera le habría tomado por uno de ellos, sin la estrella de plata bordada en la solapa izquierda de su chaqueta. Esa insignia, que marcaba su rango como príncipe, era en el bello niño el sello de su muerte; sello que ya le había estampado en el pecho su cruel destino.

Por un momento estuvo él, como decimos, indeciso, sobre lo que debía hacer, viendo á sus padres en aquellos extremos de dolor; pero al fin emprendió la carrera y presentando el ramillete á la reina dijo:

—Mamá, aquí tienes flores de mi jardín.

María Antonieta levantó la cabeza y en medio de su llanto se sonrió al ver á su hijo y su actitud. El rey hizo mas, cesó de llorar y le alzó en sus brazos.

—María, dijo él presentándole á su madre, hé aquí nuestro hijo, el delfín de Francia.

María Antonieta le tomó por la cabeza en ambas manos y materialmente le cubrió la cara de besos amorosos, si bien con los ojos llenos de lágrimas, con la boca llena de risa.

—¡Dios te guarde, hijo mio! le dijo con solemnidad. ¡El te bendiga, delfín de Francia! Quiera el cielo que las tempestades que ahora oscurecen nuestro horizonte, hayan pasado cuando tú asciendas al trono de tus padres! Sí, Dios te bendiga y te proteja, delfín de Francia!

—Pero, mamá, preguntó el muchacho, ¿por qué me llamas hoy delfín? Yo soy tu Luisito, duque de Normandía.

—Hijo mio, dijo el rey gravemente, Dios se ha servido darte otro título y otro destino. Tu pobre hermano Luis nos ha dejado para siempre. El ha ido á donde le llamaba Dios y ahora tú eres el delfín de Francia.

—Y él conc da que sea para tu bien, añadió la reina en medio de sus sollozos.

—Ciertó que no es para mi bien, observó el niño sacudiendo la cabeza, cuando mamá llora tanto.

—Lloro, hijo mio, lloro sin consuelo, le contestó su madre, porque Luis, tu hermano, que era el delfín, nos ha dejado en este valle de lágrimas.

—¿Y no volverá nunca mas? preguntó el chico.

—No, Luisito, nunca mas volverá.

—¡Ah! exclamó el niño rodeando con los brazos el cuello de su madre, ¿quién puede dejar á esta querida mamá y no volver nunca mas? Yo no te dejaré nunca.

—Ruego á Dios que hables verdad, dijo la reina suspirando y estrechándole en sus brazos con ternura. Ruego á Dios que yo muera ántes que Vds. dos.

—¡Ah! No ántes que yo, no ántes que yo; repitió el rey afectado. Sin tí, mi querida María, mi vida sería un desierto; sin tí, el rey de Francia sería el mas misero de los hombres.

—Y conmigo, dijo ella como entre sí, quizás sea el mas desgracia lo de los nacidos.

—Si estás tú á mi lado, dijo el rey con pasión al oírlo, y me amas, yo no puedo ser infeliz jamas. No lores mas, es menester dominar nuestra pesadumbre y aprender á conformarnos con la voluntad de Dios. Te repito: ¡el delfín ha muerto, viva el delfín!

—Papá, dices que el delfín ha muerto y nos ha dejado ¿se ha llevado consigo todo lo que le pertenece?

—No, hijo mio, nada se ha llevado. Ahora eres tú el delfín y luego serás rey de Francia, porque eres el heredero de tu hermano.

—¿Qué quiere decir heredero?

—Quiere decir, que ahora te pertenecen los títulos y honores de tu hermano.

—¿Nada mas que eso? preguntó el príncipe con timidez. Yo no quiero sus títulos ni sus honores.

—Tú eres el heredero del trono y llevas el título de delfín de Francia.

—Mamá, dijo él entonces dirigiéndose á su madre, á la cual miró con ojos de súplica, ¿crees tú que suena tan bien el título de duque de Normandía, ó que me amarás doble, si me llamase delfín de Francia?

—No, mi querido hijo, yo no te amaré mas por eso, y bien sabe Dios que sería muy dichosa si pudiera llamarte todavía duque de Normandía.

—Entonces, mamá, repuso el jovencito con calor, siento mas bien que me alegro de recibir ese nuevo título. Pero desearia saber si mi querido hermano enfermo no me ha dejado alguna otra cosa.

—Alguna otra cosa! repitió el rey asombrado. ¿Qué desearias que te hubiera dejado?

—No quisiera decirselo á papá repuso el príncipe bajando los ojos, siempre en los brazos de su madre. Pero si es cierto que el delfín se ha ido, que no vuelve mas y que no se lo ha llevado todo consigo, hay una cosa que yo quisiera tener y que me daría mas gusto que el título de delfín.

—¿Entiendes, María, lo que dice? preguntó el rey á la reina.

—Creo adivinarlo; contestó María Antonieta.

Se levantó en diciendo esto, atravesó el cuartito, abrió la puerta que daba al aposento inmediato y dijo algo en secreto al paje que allí estaba de guardia. Luego tornó á su asiento y tropezó con el ramillete que se le había caído al niño de la mano cuando su padre le levantó en sus brazos.

—¡Ah! Mis violetas y lindas rosas! gritó el príncipe con el semblante anublado. Pero animándose de pronto y mirando á la reina muy risueño, agregó:—Me alegraría mamá, que siempre caminase sobre flores plantadas y recogidas por mí.

En aquella sazón se abrió la puerta poco á poco y corrió hácia el príncipe, meneando la cola y alegre, un perrito negro, belludo y gracioso.

—¡Bijou! gritó el niño arrodillándose para recibir su perro. ¡Bijou!

Y el perrillo con las patas delanteras en los hombros del niño le lamia la cara tierna y repentinamente.

—Ahora bien, Luis, ¿he adivinado tu deseo? le preguntó la reina. ¿No era eso lo que ambicionabas tanto?

—Lo adivinaste mamá. ¿Es Bijou parte de mi herencia tambien? Es mio ahora pues que mi hermano le ha dejado?

—Sí, hijo mio, el perrito es parte de tu herencia; contestó el rey con triste sonrisa.

—¡Conque Bijou es mio, mio! gritó el muchacho en un raptó de gozo. Bijou parte de mi herencia. Qué bueno!

—¡Ay! Qué inocente exclamó la reina. ¡Dichosa niñez. ¿Por qué tanta felicidad é inocencia no duran toda la vida? Por qué hemos de pisotearlas como las rosas y violetas de mi hijo? Hereda un reino cuando menos lo espera y sin embargo, la posesion del perrillo que le lame las manos, le causa mayor júbilo. El amor es la mas hermosa herencia que Dios legó á los hombres, porque el amor nos acompaña hasta la muerte!

## CAPITULO XI.

### EL REY LUIS XVI.

Lució en París el memorable 14 de Julio. Había abierto la revolucion su cráter por la primera vez, despues de haber dejado oír de tiempo atras, truenos subterráneos y sacudido hasta sus fundamentos la antiquísima capital de Francia. Mucho ántes de haber tomado la fuga el juicio, la discrecion y la verdad, habian inundado las calles las corrientes de lava de las conmociones populares, de los motines, asesinatos y desórdenes de todas clases.

Habia tomado el pueblo por asalto la famosa Bastilla, matado á su gobernador, y dejado oír por la primera vez el grito espantoso de:—¡Al poste de la farola! pues había convertido en horca los piés de amigo de hierro del alumbrado público, y en ellos colgaba á todos los objetos de su odio.

Pero entre tanto todavía no habian llegado á Versailles las olas candescientes de la lava revolucionaria.

Tras un largo día de ansiedad en los aposentos del rey y de la reina, consumido en resoluciones seguidas de resoluciones sin venir á ninguna resolucion, volvieron á reinar la paz

y el silencio en el palacio hácia la tardecita del 14 de julio.

Desde temprano María Antonieta se habia retirado á sus aposentos. Lo mismo habia hecho el rey, quedándose dormido en su lecho. Hacia pocas horas, sin embargo, que reposaba cuando le despertó un rumor cerca de su cama, como de persona que se dirigia á llamarle. Apenas abrió los ojos, reconoció á su lacayo, que, con las señales de la mayor alarma impresas en la cara, le anunció al duque de Liancourt, maestro mayor de la guarda ropa de S. M., el cual esperaba en la antesala y deseaba obtener una audiencia inmediata del rey. Este se estremeció y trató de meditar lo que haria. Luego se levantó del lecho con visible enfado y ordenó á su ayuda de cámara le vistiese al punto. Hecho esto con la posible expedicion dispuso condujeran al duque al cuarto inmediato, donde se proponia recibirle.

Al salir en la mayor agitacion vió al duque, cuya lealtad al monarca era bien conocida, de pié, pálido, desfigurado y tembloroso, y le dijo:

—¿Qué pasa, amigo mio?

—Sire, contestó el duque casi sin aliento, en el desempeño de mi oficio, que me permite estar cerca de V. M., he creído de mi imperativo deber participarle las noticias que acaban de confirmarse y que son tan importantes y graves que seria locura pretender ocultarlas de V. M. por mas largo tiempo.

—¿Cuáles son esas noticias? Habla.

—Hanme dicho que V. M. ignora todavia todo lo que ha ocurrido ayer en París, porque el jefe de las tropas no se ha atrevido á enviar el parte á V. M. y al gabinete. Se sabia desde ayer á la caída de la noche en Versailles que el pueblo, con las armas en las manos, habia asaltado y destruido la Bastilla. Y acabo de recibir un correo de París, confirmando estas nuevas con los mas espantosos pormenores. Sire, creo que como servidor fiel de la corona, me corresponde rasgar el velo que hasta ahora ha impedido á V. M. ver claro el asunto y obrar en consecuencia. No solo ha tomado el pueblo por asalto la Bastilla, sino que ha cometido los mas horrosos crímenes en las calles de París. Por ellas ha paseado, en medio de gritos salvajes, las ensangrentadas cabezas de Delaunay y de Flesselles, enclavadas en picas. Parte de los bastiones de la bastilla han sido arrasados. Varios de los inválidos que hacian allí la guardia han sido colgados de los postes de las farolas del alumbrado público, como perros. En algunos regimientos aparecen ya sintomas de insubordinacion. Se calcula que doscientos mil hombres, del bajo pueblo en su mayoría, recorren las calles de París, cantando canciones subversivas, armados de toda suerte de armas; y se teme que esta misma noche ocurra un levantamiento general de la poblacion de la ciudad.

Habia escuchado el rey de pié esta horrible relacion, como si soñara; se puso pálido, mas conservó aparente serenidad hasta el fin.

—¿Con que hay un motin? dijo tras una breve pausa, como si despertara del sueño.

—No, Sire, repuso el duque con vehemencia, no diga motin V. M., revolucion, fiera revolucion.

—Tenia razon la reina, agregó el monarca

como si recapacitara. Y ahora para contener el mal, que se ha agravado tanto, será preciso que corra la sangre á torrentes. Pero mi resolución está tomada: no se derramará la sangre Francesa por mi causa.

—Sire, observó Liancourt con serenidad, en esas expresiones que acaba de proferir V. M. estriba la salud de la Francia y de la familia real. Menester es que yo diga á V. M. la verdad desnuda en esta hora suprema. Corre V. M. peligro inminente si sigue los desleales consejos de sus ministros. Bendigo el instante en que me es dado ver cara á cara á V. M. y dirigirme á su juicio y su corazón, sin ambages ni rodeos. Sire, el espíritu revolucionario de la atolondrada capital, no lo dude, hará rápido y monstruoso progreso. Ruego encarecidamente á V. M. se presente hoy mismo en la Asamblea Nacional y con sus propios labios vierta la palabra de paz. Havá maravillas la presencia de V. M., desarmando los partidos y convirtiendo en verdaderos aliados de la corona esos hombres que ahora aparecen hostiles mas bien que amigos.

Escuchó el rey atentamente el discurso de su fiel servidor, trató de penetrar su intención con una mirada escrutadora, y el calor con que había hablado, no cabe duda sino que le conmovió hasta el fondo del corazón. Decímoslo, porque no bien cesó de hablar le tendió la mano, apretó la del duque con vigor, y le dijo en tono grave:

—¿Se que eres, duque, uno de los miembros mas influyentes de la Asamblea Nacional. ¿Puedes darme tu palabra de honor, que mi presencia en ella, no se verá bajo otro concepto que el del interés que se toma la corona por el bienestar de la Francia?

En aquel momento los primeros rayos de luz de la mañana penetraron en el cuarto por los cristales de las abiertas ventanas, y palidieron las velas que aun ardian allí.

—Día tras día, hora tras hora, prosiguió el duque, aguarda la Asamblea las palabras conciliatorias de V. M. Solo la graciosa aparición de V. M. puede calmar la inquietud y deshacer las dudas que abrigan los representantes de la nación, y que se aumentan con el silencio y la ausencia de V. M. Ruego de nuevo encarecidamente á V. M. se presente hoy mismo. La sesión, que se abrirá dentro de pocas horas, puede tener las mas tristes resultas, si V. M. no da este paso salvador.

Precisamente en aquella sazón se abrió la puerta y entraron los condes de Provenza y de Artois. A todas luces, ambos hermanos del rey venían en el colmo de la agitación; echándose de ver por su aspecto y gestos, que habían llegado al palacio de Versailles las alarmas nuevas de que el duque de Liancourt había sido portador.

Desde luego salió al encuentro del conde de Artois y le dijo en tono de seguridad:

—Príncipe, la cabeza de V. A. corre peligro. El pueblo la pide á grito herido, y yo con mis ojos he visto el cartel en que se pone á talla.

Hizo el príncipe una exclamación de horror al oír aquellas palabras y quedó clavado en medio del cuarto como una estatua. Se repuso, sin embargo, del choque á poco rato y dijo:

—Está bien que el pueblo piense así, yo, como él estoy por la guerra franca. Quieren mi

cabeza, yo quiero cortar las suyas. ¿Por qué no rompemos? Mi política es una y fija.—no se dé cuartel á las ideas llamadas de libertad. Metralia con ellas. Solo esto puede salvarnos.

—Pues S. M. el rey ha venido á diferente acuerdo; dijo el duque de Liancourt, haciendo una profunda reverencia al monarca, que escuchaba erecto, sereno, y con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Ruego, dijo él al fin en tono firme, á mis hermanos los condes de Provenza y de Artois, que se sirvan acompañarme esta mañana á la Asamblea de los Estados Generales. Deseo concurrir para anunciarle yo mismo que voy á retirar mis tropas. Al mismo tiempo es mi deseo comunicarle que estoy decidido á que complete en paz la obra empezada y que no tengo mayor aspiración que la de averiguar por su medio la voluntad del país.

Retrocedió asombrado el conde de Artois, apareciendo en su rostro aquella expresión maligna é irónica que le era peculiar. Las palabras del rey, produjeron distinto efecto en el ánimo del conde de Provenza, pues corrió hacia el que las había pronunciado, le tomó la mano y se la apretó con efusión en prenda de cordial aprobación y apoyo.

A la sazón entró la reina, acompañada de varias personas, sus mas íntimos amigos, todos muy agitados.

—¿Sabes lo que ha pasado? preguntó ella á su marido pálida, llorosa y temblando de pavor.

—Todo puede ser para bien todavía, contestó el rey con dignidad. Por lo pronto, debe consolarnos que de nada nos acusa la conciencia hasta ahora. He resuelto ir hoy á la Asamblea Nacional y darle una muestra de mi confianza, anunciándole la retirada de mis tropas de París y de Versailles.

La reina, llena de asombro, no hizo mas que mirar al rey, y luego, como dominada por la agonía, se quedó largo rato sin habla ni movimiento.

—De ese modo, Luis, le observó ella al cabo, en vez de atajar, se me figura que precipitas la revolución. Me asusta, por otra parte, que vuelvas á poner los pies en una Asamblea compuesta de tantos hombres hostiles y feroces. Léjos de entregarte en sus manos debías llevar á efecto la resolución de dispersarlos que formaste el mes pasado.

—¿Encierra la Asamblea, en efecto, tantos miembros malvados? preguntó el rey en su acostumbrado buen humor. Mira, aquí tienes dos miembros muy amables de esa misma Asamblea, y su aspecto en verdad que me anima á llevar á efecto lo que pienso. Ahí está mi antiguo y leal amigo, el duque de Liancourt, y entre los individuos de tu séquito veo al bizarro conde de la Marck, á quien me place dar la bienvenida. ¿No es cierto, conde de la Marck, que puedo contar con tu apoyo y el de tus colegas en la Asamblea Nacional?

—Sire, contestó el conde como buen cortesano, en la variedad de personas que constituyen la Asamblea, no conozco una sola capaz de cerrar su corazón á las palabras directas del monarca, ni á la señalada condescendencia de presentarse en ella. La nobleza, á cuyas filas pertenezco, se confirmará en su no desmentida fidelidad; la clerecía dará gracias á Dios por la manifestación de la autoridad real que ha de

traernos la paz, y el estado llano confesará con sorpresa que la salud se encierra únicamente en las manos del monarca.

—Me parece, dijo el rey sonriendo é inclinando la cabeza en señal de aprobación de lo que había dicho el conde de la Marck, me parece que ya es hora de que nos acerquemos á la Asamblea. Me acompañarán SS. AA. los condes de Provenza y de Artois. Comisiono al duque de Liancourt para que se presente en la *Salle des Menus*, y anuncie á la apertura de la sesión que nos presentaremos en persona.

Después de lo cual el rey despidió á los circunstantes. La reina le abrazó y se alejó conmovida. Jamas había visto á su marido portarse de un modo tan decidido y firme, cosa que si por una parte le inspiraba cierta confianza, por otra le llenaba de nuevos temores y desasosiego, porque mientras mas se aventurase él, mas riesgo corría su vida.

La sesión de la Asamblea Nacional se abrió aquella mañana con tempestuosos debates sobre los sucesos del día anterior y el temperamento que debía adoptarse en tan extraordinarias circunstancias.

Lanzaba el conde de Mirabeau uno de sus flamígeros anatemas contra los nuevos regimientos á quienes el rey había dado un día de gozo con la matanza de los Parisienses, á tiempo que entró el duque de Liancourt y acercándose á la silla del presidente de la Asamblea anunció en alta voz la aproximación de rey Luis XVI. Este anuncio produjo primero asombro y luego extrema inquietud en la mayoría de los diputados. Muchos se levantaron de sus asientos y formaron diferentes grupos para hablar de aquel inesperado evento y ponerse de acuerdo sobre lo que debía hacerse. El punto de la dificultad era cómo había de recibir al rey la Asamblea Nacional. Al pronto todo fué una confusión de voces y proposiciones á cual mas discordante, hasta que corriendo á la tribuna Mirabeau, dijo, y su palabra dominó el tumulto:—“Nosotros debemos concretarnos á recibir al monarca con respetuoso silencio. En momentos de pesadumbre universal, el silencio es la verdadera lección de los reyes.”

Este rasgo de elocuencia demagógica excitó una tempestad de aplausos, tal fué la impresión que produjo en toda la Asamblea. Y antes que se hubiese sossegado el ánimo de los diputados y cesado el ruido, entró el rey en la sala, seguido de sus hermanos, sin mas acompañamiento. No obstante los esfuerzos hechos y los planes concertados, su aparición en aquel momento fué precisamente causa para que se le recibiese de un modo que no se había previsto, es decir, con vivas y aclamaciones, tan espontáneos como entusiastas.

El rey, mientras se le hacían aquellas demostraciones, se conservó en pié, descubierto y con la mayor compostura. No quiso aceptar el sillón que le ofrecieron en el trono del presidente de la Asamblea, y sin mas ceremonia empezó á pronunciar un breve discurso que había meditado por el camino. Cuando desde el exordio dijo que como jefe de la nación, según le placía titularse, había venido lleno de confianza á ver los representantes del país, para dar testimonio de la pesadumbre que le habían causado los sucesos de la víspera y acon-

sejarse con ellos sobre los medios de asegurar la paz y el orden, pudo echarse de ver el cambio que sus palabras produjeron en el ánimo de la mayoría de la Asamblea.

En seguida el rey con gentil y casi humilde tono, entró á hablar de las sospechas que algunos abrigaban, ó afectaban abrigar, sobre que no estaban seguras las personas de los diputados. Apoyándose en su bien conocido carácter y su honradez como hombre y como rey, dijo que creía ocioso ocuparse de semejantes sospechas.—Tengo por mejor acuerdo, exclamó él, fiarme de vosotros. Ayudadme, pues, en estas aflictivas circunstancias, á afirmar el bienestar de la nación. Hé aquí lo que me prometo de la Asamblea Nacional.

Luego, en dulce acento de ternura, añadió: Contando con el amor y fidelidad de mis vasallos, he dado las órdenes necesarias á fin de que se retiren las tropas de París y de Versailles. Al mismo tiempo os comisiono y autorizo para que las hagáis cumplir en la capital.

Con estas palabras dió el rey fin á su discurso. Mientras le pronunciaba hubo muchas demostraciones de aprobación y delicia y al concluir resonaron por todas partes vivas y palmoteos de entusiasmo. Así que el arzobispo de Brienne le dió las gracias en nombre de la Asamblea por las palabras que se había dignado dirigirle, el rey se dispuso para partir. En aquel instante, todos los diputados, como un solo hombre, se pusieron en pié y en silencio siguieron los pasos del rey y le acompañaron hasta la calle, formando su séquito.

Allí el rey en vez de entrar en carruaje prosiguió á pié al palacio, con cuyo motivo la Asamblea creyó cortés y respetuoso seguir escoltándole hasta allá. No parecía sino que la inopinada importancia del caso, había sofocado todo sentimiento de hostilidad y rencor. Hasta el pueblo que se había ido congregando á las puertas de la Asamblea, viendo al rey en medio de los diputados como un ciudadano particular, se le pegó el entusiasmo, y prorumpió en vivas al monarca y á la nación. En la plaza de armas se hallaban de parada tropas Suizas y Francesas, las cuales después de presentar ramas, hendieron el aire con las voces de ordenanza.

Presenciaba aquel grandioso espectáculo la reina desde el balcón corrido del palacio de Versailles, á donde le habían atraído las aclamaciones al rey y á la nación, el batir de los tambores y el sonido del clarín. Desde la salida de aquel para la Asamblea Nacional, se había encerrado ella en su cuarto, esperando á cada momento una mala noticia; de suerte que no le causó poco gozo la vista de la procesion cívica, convenciéndole que todo había tenido el mejor resultado, y que en vez de un rompimiento, se había efectuado una reconciliación entre el monarca y los representantes del país. Sostenía ella el delfín en el brazo izquierdo y con la mano derecha guiaba su hija pequeña. La cara risueña y animada de su marido, que marchaba á la cabeza de la procesion, acabó de confirmarla en su pensamiento y le produjo un verdadero júbilo, cual no había experimentado otro hacia mucho tiempo.

No bien el rey descubrió á su esposa en el elevado balcón, se apresuró á quitarse el sombrero y saludarla de léjos; pero se advirtió

que muy pocos diputados siguieron el ejemplo de su soberano. Y por lo que toca á vivas ó demostraciones de respeto ó entusiasmo, no hubo ningunas. Cuando mas alzaron los ojos para verla y continuaron en silencio detras de Luis XVI hasta las puertas del palacio. El desaire era marcado, por lo cual María Antonieta pálida y agitada se retiró del balcón llevándose sus hijos consigo.

—No me queda que ver ni esperar, dijo ella anegada en lágrimas. Todo acabó para mí. La reina de Francia tiene que ser la mas misera é infeliz de las mujeres, porque no ya solo no es amada sino que la desprecian.

Al verla llorar y gemir el delphin le echó los brazos al cuello, y le dijo tambien con los grandes ojos azules llenos de lágrimas:

—Mamá, yo te amo, todos te aman y mi querido hermano que está en el cielo ruega á Dios por tí. No llores.

—Sí, hijo mio, ámame; dijo ella correspondiendo á las caricias del niño con otras mas ardientes y con besos amorosos. Tu amor es lo único que me queda en el mundo, y quiera el cielo que tu hermano ruegue por mí y haga que me liberte de los pesares que agobian á su afligida madre.

En aquel punto se oyó la voz del rey, que se despedía en tono amistoso de los que le habian acompañado hasta la entrada del palacio. María Antonieta de carrera se enjugó las lágrimas, puso el delphin en el suelo, le dijo al oído.—No digas á papá que me has visto llorar,—y en seguida con su donaire y sonrisa usuales fué á encontrarle en la antesala.

Hacia la caída de la tarde, varios carromatos muy cargados y cerrados con gran esmero, silenciosa mas apresuradamente empezaron á salir de los patios interiores del palacio y encaminarse en direccion del campo. Entre los carros marchaban ciertos coches, con las cortinas corridas, y en estos iban el conde de Artois, los duques de Angulema, de Berry, de Borbon, de Enghien y el principe de Condé, que en secreto huían del país.

Respecto del conde de Artois, hermano del rey, este mismo le habia aconsejado, á fin de calmar su inquietud, que saliera por algun tiempo de Francia y permaneciese en país extranjero hasta tanto que se apaciguase y aclarase el horizonte político del suyo. Los otros nobles, aunque no tan directamente amenazados en sus personas, si se exceptúa el otro hermano del rey, se resolvieron á emigrar por no poder dominar los temores y secretos recelos que les inspiraba la revolucion. Movidos de idénticas razones, siguieron su ejemplo al dia siguiente los nuevos ministros, quienes cediendo á las exigencias de la Asamblea Nacional, habian dado su dimision, mas no creído á salvo su persona y vida, mientras permaneciesen dentro del territorio Frances.

Pero aun otro sacrificio, mas doloroso todavía para la reina, tuvo que hacer al odio del pueblo y á las demandas hostiles de la Asamblea Nacional. Fuerza era alejar á los Polignac, sus amigos del alma. En todos los folletos injuriosos que se lanzaban contra ella y que Brienne tenia el cuidado de traerle, se la acusaba principalmente de haber empobrecido el erario para obsequiar á sus amigos privados; que la duquesa Julia, como aya de los reales

niños y su marido el duque de Polignac como director de las caballerizas reales tiraban dos millones de francos anualmente del tesoro nacional, á que se agregaban cuatro millones mas que se distribuían en el resto de esa familia ya bajo un título, ya bajo otro.

Sabia María Antonieta que el pueblo por esta razon odiaba de muerte á los Polignac y solo se ocupaba del medio de poner á sus amigos en lugar seguro. En consecuencia á la hora de haber salido los hermanos del rey y los otros nobles, hizo llamar á su presencia María Antonieta al duque y duquesa de Polignac, y sin mas rodeos, aunque con la voz tomada por la emocion, les dijo que era preciso huyesen y se escapasen aquella misma noche. Ambos duques, sin embargo, se negaron categóricamente á cumplir con el deseo de la reina. La duquesa sobre todo, que hasta allí se habia mostrado tan moderada en su porte como en su afecto, ahora hizo alarde de un cariño extremado.

—No, María, nosotros no nos vamos; exclamó ella sollozando y estrechando fuertemente en los brazos á su real amiga. No me alejes de tí. Es imposible que me marche y te deje, ántes quiero correr los peligros que tu corras y morir contigo, si es necesario.

Pero en su mismo cariño encontró María Antonieta nuevas fuerzas para mantener firme en su propósito, para contener las lágrimas que se le asomaban á los ojos y para desprenderse de los brazos de su querida amiga.

—Fuerza es que así sea; le dijo. En nombre, Julia, de nuestra tierna amistad, te ruego que partas al punto, porque de lo contrario, moriré de pena pensando en que estás en peligro. Aun tienen Vds. tiempo de escapar de la rabia de mis enemigos. No te odian (¿quién tendria corazon de odiar á mi Julia?) por tí, sino por mí; porque saben que herir á mi mas querida amiga, es herirme en lo mas sensible de mi corazon. Ve, Julia, tú no debes ser la víctima de la amistad.

—“Me quedo, repuso la duquesa. Nada ni nadie puede separarme de mi reina.

—“Duque, dijo entónces esta en tono deprecatorio, hablad, ayudadme á convencer á Julia de la necesidad de huir.

—“Si place á V. M., contestó el duque con gravedad, solo me corresponde repetir lo que ha dicho Julia: nada ni nadie puede separarnos de nuestra reina. Si en dias de bonanza hemos gozado el favor de hallarnos siempre al lado de V. M., como el mas grande de los favores debemos pedir se nos conceda el no separarnos de V. M. en los dias de la desgracia.

—“Precisamente en este punto se abrió la puerta y entró el rey.

—“Sire, le dijo la reina saliendo á su encuentro, ¿no es cierto que estos señores deben partir hoy mismo?

—“Tiene razon la reina, dijo Luis con tristeza. Es preciso que se marchen. Nuestras desgracias quieren que nos separémos de todos los que nos aman. Acabo de decir adios á mis hermanos, lo mismo digo ahora á vosotros, mas, les ordeno que se marchen. Compadeceros, si quereis, pero no perdais tiempo. Llevaos vuestros hijos y criados. Contad con mi afecto en todas circunstancias. Quizas nos volvamos á ver en mas felices dias, cuando haya pasado

el peligro; entónces ocupareis los mismos empleos. Adios! De nuevo os ordeno partir.”

Y como advirtiese el rey que las lágrimas se le asomaban á los ojos y que se le embargaba la voz, saludó á sus amigos y se retiró en silencio y á la carrera.

—Ya habeis oído las palabras del rey; les dijo María Antonieta con vehemencia. Espero que no desobedecereis su mandato. Oid esto tambien: Yo, la reina de Francia, os ordeno que partais al punto.

—Lo manda V. M. y nosotros debemos obedecer; dijo el duque saludando reverentemente á la reina, la cual se mantenía en pié, pálida, mas serena y firme.

La duquesa, con una exclamacion de dolor, se echó á los piés de María Antonieta, y ocultó la cara entre los pliegues de su traje.

No la levantó esta, no le dijo palabra, porque sabia que si hablaba, si se movia, todo aun podia echarse á perder y recogerse la orden de marcha. Fuera de que no queria mostrarle á su amiga todo el sacrificio que el amor la compelia á hacer, consintiendo y ordenando aquella separacion.

—Déjame permanecer contigo, le repetía la duquesa. No me alejes de tu lado, María, mi María.

Alzó los ojos al cielo María Antonieta y rogó á Dios le diera fuerzas para no flaquear en aquel amargo trance. Dos veces trató de hablar, dos veces se le ahogó la voz en la garganta, al fin guardando por un rato silencio, logró dominar su emocion. Entónces pudo decir á su idolatrada amiga:

—Julia, Julia, debemos separarnos. Seria doblemente desgraciada si te arrastrase á tí y á los tuyos en mi caída; por el contrario si te vas, en todas mis tribulaciones me servirá de consuelo la idea de que pude salvarte. No digo, como dijo el rey, que nos reuniremos en dias mas pacíficos y bonancibles, probablemente nosotros no podremos sobrevivir á estas turbulencias, mas fácil es que perezcamos en ellas. Adios pues, Julia mia; quizás en el otro mundo.... No mas. Me agobia.... Tu reina te manda partir.... ¡Adios!

Le tendió la mano con firmeza, aunque por no verle la cara á su amiga, que continuaba llorando y gimiendo á sus piés, no bajó la cabeza. Saludó al duque con la mano, volvió la espalda, y por la puerta inmediata se metió en el aposento, de donde pasó de carrera á su lindo camarín, en que ya la esperaba su camarera mayor.

—Campan, gritó la reina en su angustia, Campan, todo acabó para mí. Perdí mi querida amiga. No volveré á verla jamas. Cierra la puerta, pasa el cerrojo, cosa que nadie éntre, que quiero.... morir á solas.

Diciendo esto la reina se dejó caer en una silla desvanecida.

A media noche partieron del patio central del palacio, dos carruajes cerrados, en que iban los Polignac, los cuales salian de Francia á aquella hora para ir á refugiarse en territorio Suizo. Ocupaban el primero, ó delantero, la duquesa de Polignac con su marido é hija. Llevaba Julia dos cartas en la mano, que le habia dado madama Campan, en nombre de la reina, en el momento de poner el pié en el estribo.

Una de dichas cartas era para el ex-ministro

Necker, que despues de su dimision, se habia retirado á Basilea. Pues tanto la Asamblea Nacional, como los clubs y el pueblo entero de París, deseaban la vuelta de Necker, creyéndole el único hombre que podia rehacer la Hacienda y restablecer el crédito público, la reina habia persuadido al rey le llamase de nuevo, no obstante que le era contrario, y le encargase del mismo ramo. Así, la carta de la reina, que la duquesa Julia tenia encargo de poner en manos de Necker, contenia su nombramiento al ministerio de Hacienda, con muchos elogios de su honradez y talento rentístico.

La otra carta era una palabra de despedida de María Antonieta á su amiga, un último grito de su lacerado corazon.

—Adios! decia, adios, mi tierna amiga! Qué terrible me parece esta palabra! Pero es preciso. ¡Adios! Te abraza en espíritu tu amantísima y triste amiga.

## CAPITULO XII.

EL 5 DE OCTUBRE DE 1789.

NUBES espesas se amontonaban en el oriente hácia las primeras horas de la mañana del 5 del ventoso octubre, y aunque el sol habia empezado á remontar el horizonte de París, no apareció el dia sino mas tarde de lo regular en esa estacion, como si temiese alumbrar las calles y plazas, teatro de una gran tragedia. Antes del alba estaba sobre las armas la Guardia Nacional, porque desde la víspera habia corrido el rumor, de que los clubs y agitadores de oficio, habian fijado la mañana del 5 de octubre para ejecutar el segundo acto de la revolucion. Se estaba muy tranquilo el pueblo y era necesario ponerlo en movimiento.

Marat habia dicho en uno de los clubs: el pueblo duerme, es menester despertarle; y al punto sus palabras fueron el grito de guerra de todos los revoltosos.

—París está en peligro, clamaban otros demagogos en el club de los Cordeliers. París cruza los brazos sobre el pecho, deja hacer y se duerme al borde de un precipicio. Saquémosle de su letargo, ó la odiosa y tiránica monarquía nos gana por la mano y nos vuelve á las cadenas. ¡Ojo avisor! No hay que dormirse en las pajas.

Y en efecto, en la noche del 4 de octubre París no durmió en las pajas, ni en lechos de plumas tampoco, gracias á los revoltosos que sembraron la alarma por todos sus barrios. A fin de despertar al pueblo, ó de no dejarle dormirse en las pajas, como decian los cabecillas, se habia acordado un plan, cual era, invadir las panaderías y so pena de quemarles sus establecimientos, prohibirles que cocieran el pan del dia siguiente.

Emisarios fieles y celosos fueron despachados á todas las panaderías de París para notificar á los panaderos el acuerdo celebrado en los clubs revolucionarios. Rezaba el orden poco mas ó menos en este sentido:—Abrir la tienda mañana por la mañana y contestar otra cosa que esta: no hay harina en París, no hemos podido amasar pan; será considerado como delito de alta traicion á la causa nacional y se castigará con todo rigor.

La amonaza surtió el efecto deseado: se in-